La Cruda Verdad

Desperté, apenas y podía abrir los ojos. Mi cabeza me dolía como nunca en mi vida y todo giraba alrededor de mí. Mi boca estaba seca, necesitaba agua. Estaba agotada, no tenía ni las fuerzas para pararme por el vaso de agua que se encontraba del otro lado del cuarto. Fue en ese momento cuando me cayó, como una descarga eléctrica, todos los recuerdos de cada una de las cosas que había hecho la noche anterior.

Nunca había tenido una cruda moral tan grande.

Eran las 4 de la tarde, justo habíamos terminado de comer y fue cuando mi amiga Fernanda me dijo que la acompañara a la palapa de abajo, la que se encontraba a la orilla de la alberca por unas Margaritas. Y así empezó todo, comenzamos a tomar mientras que platicabamos y no sé en qué momento perdimos la cuenta, y poco a poco llegaban más amigos a acompañarnos.

Ya cuando estábamos un poco “enfiestadas” decidimos que íbamos a ir a la costera donde pasearíamos un rato y luego terminaríamos en el famosísimo antro “Baby 0’”. Subimos cada quien a su cuarto y nos cambiamos de ropa.

Habíamos llegado a la costera, lo primero que se veía a la izquierda era la marina, y ahí en el muelle estaba “El Cuauhtémoc”, el velero más grande de todo Latinoamérica. Conforme íbamos avanzando podíamos ver las hermosas playas y lugares muy bonitos.

Al bajarnos del coche, todos decidimos subirnos al “bongie”. Consejo de vida, NUNCA te subas a un bongie con copas de más. Cuando llegó mi turno me lancé exactamente como me dijeron que lo hiciera pero para mi sorpresa justo cuando estaba en el aire me dieron muchas nauseas y bueno, el resto es historia.

De ahí fuimos a la Quebrada, uno de los sitios más famosos de Acapulco y de todo Guerrero. ¿Qué más podría pasar? Pero claro, como el piso estaba mojado y yo sentía que todo giraba a mis pies, resbalé y toda mi falda se rompió exponiendo mis hermosos calzones de ositos a toda mi generación, Solo pude pensar “¡Qué oso! literal”.

Por suerte mi amiga Sofía no se había decidido entre usar una falda o unos shorts y traía sus shorts en el coche.

De ahí, sin saber cómo, acabamos en las lanchas de fondo de cristal donde claro no me pude quedar atrás. Antes de subirnos un amigo me regaló una cerveza y bueno, ¿Cómo podía decirle que no?

Llegó mi turno para subirme a la lancha y entonces resbale y me caí al mar. Justo en ese momento llegó una ola que me revolcó. Casi me ahogo sentía que el agua llenaba mis pulmones cuando por fin un lanchero me sacó.

Por último llegamos al Baby O´ y entramos muy rápido porque conocíamos al cadenero. No recuerdo nada después de eso. Únicamente vienen “flashazos” a mi mente de cómo bailábamos todo lo que tomamos y caras conocidas y desconocidas.

Nunca más voy a tomar.

Lo juro.

Y en ese momento entró Fernanda al cuarto con dos cervezas en la mano gritando: ¡A conectarla!